

gaba á Carlos IV, haciéndole entrever la promesa de apoyar al duque de Parma para el ensanche de sus Estados, é insinuándole la anexión de algunas provincias de Portugal, puesto que el regente de esta nación se negaba á la paz (Abril de 1800). En este mismo año (Julio y Octubre), los ingleses acometieron los puertos del Ferrol y de Cádiz, con propósito de destruir los arsenales y los buques allí surtos; pero fueron rechazados en el primer punto, y del segundo se retiraron sin formal ataque. Continuando sus gestiones, Napoleón envió en fin de Julio al general Berthier, para que gestionase en Madrid «los convenios que puedan ser más agradables á S. M. el Rey de España en favor del duque de Parma», la entrega de Luisiana y diez navíos de guerra, y el rompimiento con Portugal. La misión de Berthier tuvo completo éxito, que se concretó con el nuevo tratado de San Ildefonso (1.º de Octubre de 1800), por el cual se comprometía la república francesa á procurar el aumento de los Estados parmesanos, á cambio de la Luisiana y de seis navíos de guerra. También se estipuló en él la mutua defensa, en caso de agresión de otro Estado. Continuaba la lucha de voluntades entre Napoleón y Mazarredo, empeñado aquél nuevamente en que prevaleciesen sus miras sobre Malta y Egipto, y resistiéndose éste á cooperar á los egoísmos del primer Cónsul. Trató Napoleón de ganar la voluntad del segundo jefe de la escuadra, Gravina; pero noticioso de esto Mazarredo, ordenó á aquél que no saliera de Brest. Aprobó el gobierno español la conducta de su almirante, diciéndole, en R. O. de 18 de Noviembre, que volviese con la escuadra á Cádiz, aunque procurando «hacer la cosa de modo que evite, al menos en apariencia, todo aire de resentimiento de ese gobierno» (el francés). Esta orden disgustó profundamente á Napoleón, quien, desde entonces, se propuso derribar del gobierno á Urquijo, como antes el Directorio había hecho salir á Godoy. No era difícil derribar á Urquijo, cuyas ideas radicales (§ 814) le habían suscitado la animosidad del elemento católico. Él mismo agravó su situación resistiéndose al nombramiento de Luciano Bonaparte como enviado extraordinario á España, aunque no le faltaban razones justas para esa resistencia. Llegado á San Ildefonso, Luciano, á comienzos de Diciembre (1800), á los pocos días era relevado

Urquijo de su cargo y sustituido por Don Pedro Ceballos. A este hecho sucedió inmediatamente la separación de Mazarredo del mando de la escuadra de Brest.

Poco después (9 de Febrero de 1801), Napoleón lograba una paz ventajosa con los coaligados (menos Inglaterra), en Luneville. El tratado que allí se firmó daba al de Parma el territorio de Toscana; pero con la condición de que el duque renunciase sus derechos, para que su hijo, el infante Don Luis, casado con María Luisa, hija de Carlos IV, ocupase el nuevo trono. Las negociaciones entre España y Francia, relativas á este punto, se concretaron en el tratado de 21 de Marzo de 1801, en el que se establecía que el duque renunciaba sus Estados en favor de la república francesa y ésta los entregaba al hijo de aquél, con título de rey (de Etruria) y capitalidad en Florencia, y que siendo la nueva casa que se establecía en la Toscana «de la familia de España, estos Estados serán *propiedad de España en todo tiempo* y á ellos irá á reinar un infante de la familia, siempre que la sucesión llegue á faltar en el rey que va á ser, ó en sus hijos, si los tuviere». Antes de esto, en 29 de Enero, se había firmado otro tratado entre España y Francia, en que Carlos IV se obligaba á dirigir á Portugal un ultimátum relativo al abandono de la alianza inglesa y, en caso contrario, á declarar la guerra con auxilio de tropas francesas. Otro tratado (en Aranjuez), de 13 de Febrero, establecía la formación de cuatro escuadras franco-españolas: una para dirigirse al Brasil ó la India; otra para amenazar á Irlanda; la tercera para reconquistar la Trinidad y otras islas, y la cuarta para operar en el Mediterráneo.

Este tratado y el de 21 de Marzo aparecen firmados por Godoy (príncipe de la Paz desde 1795), á quien el rey designó por plenipotenciario suyo para ambos efectos. Realmente, y como ya hemos dicho, Godoy, aunque apartado del ministerio, no había cesado de influir en la corte y de intervenir en los negocios. Apenas hay, desde 1798 (pocos meses después de su exoneración), asunto importante en que no fuera pedido y escuchado su consejo, como lo prueban su correspondencia, su llamamiento en los momentos difíciles, y hasta la conformidad de Urquijo al parecer de Godoy en el momento crítico de la emba-

jada de Luciano Bonaparte. Los cortesanos no ignoraban la persistencia de aquel poder que creyeron derribado en 1797; pero, aunque murmuraban de él, no sabían resistirlo. No debió, por tanto, extrañar á nadie el nombramiento de Godoy para el mando del ejército que había de invadir á Portugal, una vez desoido el ultimátum de España. Napoleón no puso dificultades al nombramiento; pero en el fondo lo consideraba puramente decorativo, como lo declara su despacho de 4 de Febrero al general Berthier, en que, aludiendo al general Saint-Cyr, dice: «Le haréis saber que la intención del Gobierno es la de que se encargue de la dirección de la guerra con Portugal. El Príncipe de la Paz, que ha tomado el mando en jefe, no es militar, lo que obliga á que se envíe un oficial tan distinguido.» Al mismo tiempo, el Cónsul dió órdenes para que un cuerpo de ejército francés, al mando del general Leclerc, marchase á la frontera portuguesa, por Ciudad Rodrigo. El 27 de Febrero, Carlos IV declaró la guerra, en un manifiesto en que exponía sus reiteradas gestiones pacíficas para con Portugal y los agravios de éste recibidos por su parcialidad en favor de Inglaterra. Con gran prontitud, Godoy reunió un ejército numeroso—60,000 hombres en junto—que, repartido en tres cuerpos, debían atacar ó amenazar al reino vecino por el N., por el S. y por la línea del Tajo. La guerra fué tan breve como insignificante, aunque victoriosa para los españoles, que se apoderaron de Olivenza (20 de Mayo), Juromenha, Arronches, Campo Mayor, Ouguella (6 de Junio) y otras plazas. Las tropas francesas, mantenidas á retaguardia, apenas intervinieron en la lucha. El gobierno portugués se decidió pronto á negociar la paz. En 6 de Junio se firmó ya un armisticio, y en seguida dos tratados de paz, uno con España y otro con Francia. Por el primero, Portugal se comprometió á cerrar sus puertos á los ingleses y entregó la plaza de Olivenza y su territorio, al paso que el rey de España se obligaba á garantizar al príncipe regente de aquella monarquía «la conservación íntegra de sus Estados y dominios, sin la menor excepción ó reserva». La victoria fué celebrada pomposamente en Badajoz con una revista militar á la que asistieron el rey y la reina y en que los soldados presentaron á su soberana, como trofeo, unas

ramas de naranjos que habían cogido en los huertos portugueses. De aquí se llamó á esta guerra «la de las naranjas». De ella sacó Godoy el nombramiento (10 de Octubre) de Generalísimo de los ejércitos de mar y tierra.

Napoleón quedó sorprendido y se indignó enormemente de aquella terminación rápida de una campaña que él se había propuesto fuese más fructífera. Se negó, por tanto, á reconocer el tratado, denostó duramente á Luciano, al general Saint-Cyr y, sobre todo, á Godoy—á quien acusó de estar comprado por Inglaterra,—y amenazó, si no se continuaba la lucha con Portugal y si se escuchaban los consejos de Godoy, con que sonaría «la última hora de la monarquía española». Contestó Godoy á las reclamaciones con una nota de 26 de Julio, en que afirmaba la necesidad de mantener lo tratado, indicando, además, que la cuestión con Portugal no merecía la pena de que Francia hiciese depender de ella «la amistad tan radicada que unía á las dos naciones». Añadía una clara insinuación de que las tropas francesas debían retirarse. Creció con esto el disgusto de Napoleón; mas, por el pronto, Azara logró calmarlo, y poco después—29 de Octubre—se firmó un segundo tratado entre Francia y Portugal, en que se aumentó la indemnización de guerra á favor de la república. Las tropas de Leclerc salieron de la Península antes de finalizar el año.

Mientras tanto, continuaba la guerra con los ingleses, que en 1801 tuvo un episodio importante: la batalla naval de Algeciras (6 de Julio), en que fué derrotada la escuadra inglesa por las fuerzas combinadas de buques franceses, cañoneras españolas y los fuertes de la población. Esta victoria se vió amargada por la pérdida de un navío español, que poco después, en la obscuridad de la noche, fué atacado é incendiado por otro, también español, que lo tomó por inglés. Mas ya por entonces sentíanse inclinados á la paz Napoleón y la opinión pública inglesa, cada cual por razones diferentes que no nos corresponde estudiar. Efecto de esta concurrente disposición fué el convenio provisional, ó Preliminares de Londres (1.º de Octubre de 1801), que en 27 de Marzo de 1802 se convirtió en el tratado de paz de Amiens, por el que España recobró Menorca y cedió la isla de Trinidad.

Pocos días antes del convenio de Londres, enfermó Carlos IV (18 de Septiembre) tan gravemente, que se temió por su vida. Un historiador contemporáneo dice que, en previsión de la muerte, se hicieron gestiones con el rey para que nombrase

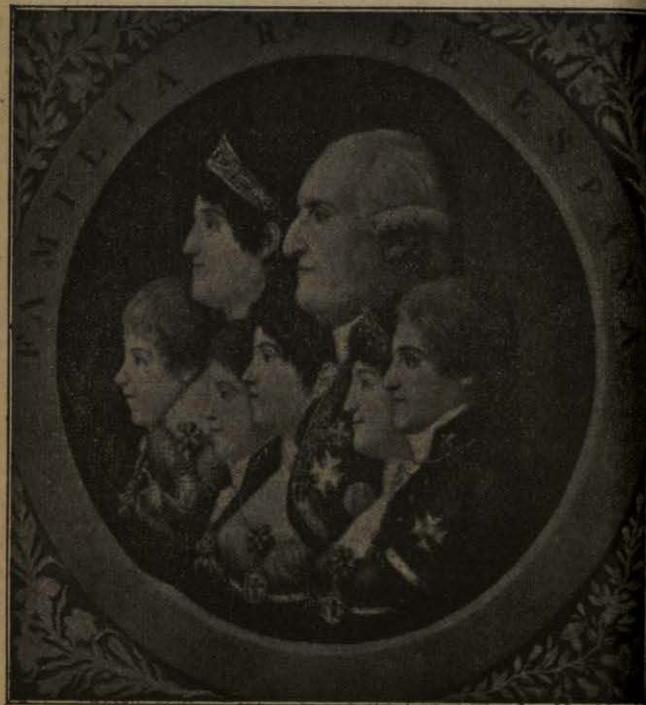


Fig. 17.—Carlos IV y su familia. (Estampa de la época.)

en su testamento regentes á la reina y á Godoy, hasta que el príncipe de Asturias, Fernando, se hallase en disposición de subir al trono. Enterado de esta intriga, Napoleón—cuyo desprecio y odio á Godoy se había manifestado varias veces—parece que declaró su propósito, si tal ocurría, de apoyar con un ejército los derechos del príncipe. No hay, sin embargo, testimonios fidedignos de estos hechos, que podrán ser verosímiles,

pero que no están probados. Una carta de Napoleón al embajador francés en Madrid—1.º de Diciembre,—en que le recomendaba que hiciese la corte al príncipe heredero y que, de morir el rey, declarase públicamente que Francia no reconocería más heredero que á Fernando, puede demostrar, de una parte, previsión de las contingencias posibles; de otra, la busca de un elemento auxiliar, en la propia corte, contra Godoy; pero no basta para dar por ciertos los hechos antes apuntados. De todos modos, la rápida mejoría del rey, que el 12 de Septiembre ya se levantaba de la cama, destruyó, si la hubo, toda maquinación. Lo que sí parece indudable es que ya existía animosidad entre el príncipe y Godoy, sin duda recelosos, mutuamente, del respectivo poder é influencia en la corte. Era sumamente lógico que alrededor del futuro monarca se fuesen agrupando los enemigos y descontentos de Godoy, á quien no era posible apartar del favor de los reyes padres, y que Godoy viese con malos ojos la formación de este grupo y tratase de anularlo dificultando toda ingerencia del joven Fernando, á quien debía creer fácilmente sugestionable por sus maestros y cortesanos, entre quienes figuraba ya un ambicioso y hueco canónigo llamado Escoiquiz. Al negociarse, poco después, la boda del príncipe, con la infanta de Nápoles, María Antonia, Godoy se opuso á ello, alegando que Fernando todavía no estaba bien educado y que convenía viajase dos ó tres años por otros países para completar su formación política. La boda, no obstante, fué acordada y se celebró el 4 de Octubre de 1802. La princesa, que ejerció considerable influjo sobre su marido, constituyó desde luego un poderoso avivador de la lucha contra el favorito, y con su intervención, cada día más acentuada por el odio creciente á Godoy, se organizó el partido fernandista, cuyo director político fué Escoiquiz, ayudado por los duques del Infantado y de San Carlos y otros nobles. Ya tenía Napoleón una fuerza política en qué apoyarse para sus trabajos contra Godoy, de cuya soberana influencia en la corte se llegó á quejar al propio Carlos IV.

**792. Cuarta guerra con Inglaterra, y sus consecuencias.**—Poco duró la paz entre Inglaterra y Francia, pues en Mayo de 1803 volvieron á romper las hostilidades. Tuvo Na-

poleón diversas exigencias y dirigió repetidas reclamaciones al gobierno español, por supuestos vejámenes: documentos que en el fondo—amén de continuar la política de imposición sobre España—se dirigían á procurar el auxilio de los españoles en la nueva guerra. En 18 de Septiembre, una carta dirigida á Carlos IV acusaba á Godoy de detentar la soberanía del monarca y de favorecer á los ingleses, y amenazaba con la guerra. Esta carta no fué leída por el rey, que, sugestionado por María Luisa y Godoy, la devolvió sin abrirla; pero el favorito supo á qué atenerse con esto, en punto á las intenciones de Napoleón. Este, dispuesto á proceder sólo de la manera que conviniese á sus intereses, decidió vender á los Estados Unidos la Luisiana para obtener dinero con que acudir á los gastos de la guerra. Las negociaciones se llevaron secretamente, porque el tratado de 1800 (en virtud del cual, Francia había recobrado aquel territorio) le impedía desprenderse de él si no era para España. Conocido el hecho, el gobierno protestó de él, oponiéndose á que se verificase; pero, al cabo, cedió, alegando benevolencia y amistad para con los Estados Unidos, pero, en rigor, por evitar la guerra con éstos (muy empeñados en poseer la Luisiana) y con Napoleón, y poco seguro de la alianza de los ingleses. Antes de esto, un nuevo tratado, llamado malamente de neutralidad (19 de Octubre de 1803), obligó á España al pago de seis millones mensuales en rescate de los deberes que le imponían, respecto de Francia, los tratados anteriores. En cuanto se conoció en Inglaterra este tratado, vinieron las naturales reclamaciones, enérgicas y desmedidas, con las cuales contemporizó Godoy todo lo que pudo, cediendo en más de lo conveniente, dado que el gobierno inglés no se satisfacía con nada, dispuesto á la guerra á todo trance. Que así era, se vió bien pronto con el ataque á cuatro fragatas españolas cerca del cabo de Santa María (Portugal) y el apresamiento de tres de ellas (5 de Octubre de 1804), ejecutado, en plena paz, por cuatro buques ingleses: atropello repetido con otras embarcaciones mercantes y hasta con una que conducía tropas de la Península á Baleares. Por toda satisfacción al hecho de 4 de Octubre (que la Europa entera censuró y los mismos periódicos ingleses calificaron de ilegal y bochornoso), el gobierno de Londres dijo que no consi-

deraba las fragatas apresadas como prisioneras de guerra, sino como depósito y garantía de la neutralidad de España. Apremiando el gobierno español para obtener una satisfacción cumplida y no encontrando más que negativas y respuestas altaneras, vino el rompimiento, declarado en un razonadísimo Manifiesto (12 de Diciembre), al que siguió una proclama patriótica de Godoy (20 de Diciembre). El interés común unió nuevamente á Francia y España, que ratificaron su alianza en 4 de Enero de 1805.

Las operaciones de la guerra comenzaron por una expedición á las Antillas, reunida la escuadra franco-española en Cádiz conforme á los planes de Napoleón, que meses antes había sido consagrado como emperador de los franceses. La expedición se preparó muy en secreto, dejándose correr noticias muy diferentes de las verdaderas, para despistar al almirante inglés, Nelson, que recorría el Mediterráneo, y que las supo por confidencia del rey de Nápoles, á quien las hizo saber la princesa de Asturias, poco leal para ser princesa española. Cuando Nelson llegó á conocer la verdad, ya la escuadra aliada hallábase en la Martinica (14 de Mayo), y allí fué á buscarla. Esto es lo que deseaba Napoleón, cuyo plan consistía en distraer á Nelson en América, y mientras, por un rápido regreso de la escuadra á Europa, atacar á Inglaterra en su propia isla. Las indecisiones del almirante francés, Villeneuve, al saber que Nelson se hallaba en los mares antillanos (Junio), retrasaron este movimiento: con lo que Nelson pudo regresar á Europa (Gibraltar) casi á la vez que aquél. Villeneuve, atacado á la altura del cabo Finisterre (22 de Julio) por otra escuadra inglesa—con la cual combatieron heroicamente los navíos españoles, con pérdida de dos de ellos, aunque con inutilización de tres ingleses,—se refugió en Vigo, en vez de marchar á Brest, como pedía Napoleón, ó de perseguir á la escuadra inglesa (que se retiró) como pedían los oficiales. Luego volvió á Cádiz, donde quedó inactivo y casi bloqueado (Agosto-Octubre) por buques ingleses. El mayor desconcierto reinaba en las fuerzas de los aliados. Los marinos españoles manifestaban abiertamente su descontento y pedían que fuese Villeneuve relevado de un mando para el que notoriamente era incapaz. Napoleón enviaba

orden sobre orden al almirante para que saliese de Cádiz, cosa á que éste no se atrevía y que los oficiales españoles desaprobaban, conocedores de la superioridad de las fuerzas inglesas y de la inferioridad del armamento y de la marinería española, desventajas que en alta mar traerían la derrota, siendo mejor esperar en la bahía el ataque de los ingleses. Esta opinión fué la adoptada por un Consejo de guerra celebrado el 8 de Octubre. Mas el emperador, en el colmo de la indignación, llamó cobarde á Villeneuve y le anunció su sustitución, ante lo cual el almirante decidió salir, jugando el todo por el todo. Los españoles, ante el temor de ser tachados de cobardes y no obstante ser contrarios á la citada decisión, se resignaron á seguir al jete que Francia les imponía. La escuadra, compuesta de 33 navíos (15 españoles), 5 fragatas y 2 bergantines, salió, pues, el 20 de Octubre, y el 21 halló á la de Nelson, que contaba 29 navíos, 4 fragatas y 6 embarcaciones menores, á la altura del cabo de Trafalgar. Una maniobra desafortunada que mandó Villeneuve, trastornando el orden de batalla previamente acordado, permitió á Nelson cortar fácilmente la línea por varios puntos y convertir en luchas parciales, aislando los buques, lo que debió haber sido batalla de grupo á grupo. A esta primera desventaja se unió la falta de auxilio de la vanguardia francesa, que se mantuvo alejada del combate. Los barcos españoles y los franceses (la mayoría) que entraron en fuego, se batieron con gran ardor, pero la victoria fué para los ingleses, que destrozaron totalmente la escuadra aliada, aunque á costa de mucha sangre, de la pérdida de muchos buques y de la muerte del mismo Nelson. De los nuestros, murieron Gravina, el almirante, y los comandantes Alcalá Galiano, Churruca y Alcedo, amén de otros oficiales y de caer heridos casi todos los demás. De los buques, tres se fueron á pique, tres fueron apresados por los ingleses, cuatro se perdieron en la costa donde les arrojó el temporal que sobrevino, y los demás (cinco), que pudieron salvarse, quedaron sumamente estropeados. Aquella derrota era la destrucción, aunque gloriosa, de la armada española; y no fué parte á calmar la terrible impresión que en España produjo, el hecho, muy posterior, de haber sido rechazados los ingleses en dos ataques á Buenos Aires (Agosto de 1806 y Julio de 1807) y obligados á capitular

y á devolver la plaza de Montevideo, merced al arrojó del capitán de navío, Liniers, á quien secundó con entusiasmo el pueblo bonaerense y el de Montevideo (§ 795).

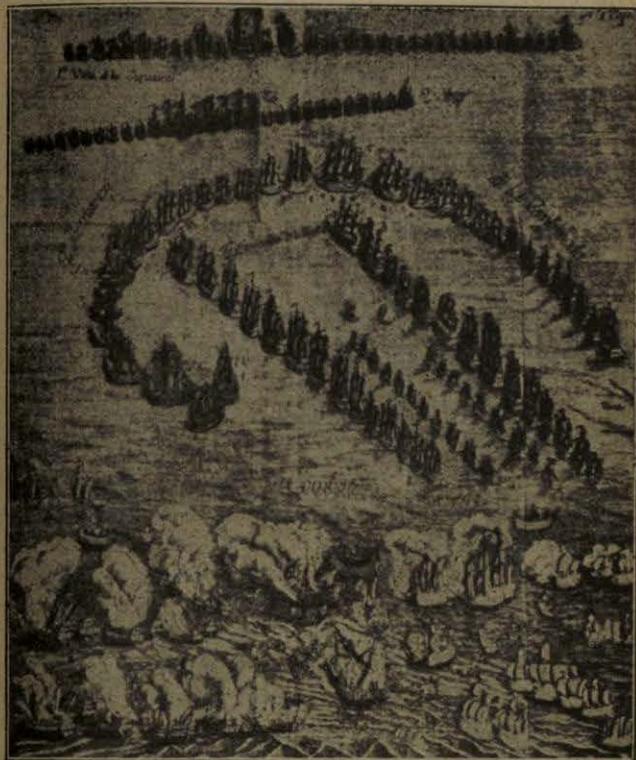


Fig. 18. — Batalla de Trafalgar: las tres posiciones principales que tuvieron las escuadras enemigas. (Grabado español hecho en México en 1806.)

El desastre de Gibraltar acreció las fuerzas del partido anti-francés, que era, al propio tiempo, el enemigo de Godoy, hasta tal punto que éste creyó necesario, para salvarse, cambiar de política. Dos hechos vinieron á decidirle: una nueva y formidable coalición de las potencias europeas, y la burla que Napo-

león le hizo volviéndose atrás de sus promesas de territorios y soberanías para Godoy, una vez que tuvo en sus manos el subsidio de 24 millones de pesetas que aquél se apresuró á darle para tenerlo propicio (Mayo de 1806). El procedimiento de Godoy consistió en abrir negociaciones secretas con el gobierno



Fig. 19.—Retrato del general Don Federico Gravina.

inglés (Octubre), á la vez que dirigía al país un manifiesto enigmático que llamaba á las armas contra los enemigos. La victoria obtenida en Jena por Napoleón (14 de Octubre) trastornó estos planes de Godoy, que se apresuró á dar explicaciones al emperador, pretextando que los armamentos se hacían contra los marroquíes. Napoleón aparentó darse por satisfecho; pero decidió entonces, resueltamente, la destrucción de la monarquía borbónica. El comienzo de su plan se lo ofreció el partido fernandista, cada vez más encarnizado enemigo de Godoy y cada día más ofendido, en la persona del príncipe, por los

nuevos honores dados al favorito, entre ellos el de Gran Almirante de España é Indias, con título de Alteza. Escoiquiz, cambiando de política (hasta entonces anglófila), se puso al habla con el embajador francés, que era, entonces, el marqués de Beauharnais (Julio de 1807), y el propio Fernando se comprometió en la intriga con una carta (11 de Octubre) en que humildemente rogaba la paternal protección del emperador, le pedía por mujer á una princesa de la familia Bonaparte (Fernando era viudo de María Antonia desde Mayo de 1806) y aludía sin rebozo á las adúlteras relaciones de su madre con Godoy. Las dos peticiones primeras las había ya hecho verbalmente, por intermedio de Escoiquiz, en Julio, en cuyo día 12 Beauharnais las comunicaba al emperador.

Mientras tanto, Godoy, que se creía en las mejores relaciones con Napoleón, se desvivía por complacer al que meses antes

quiso traicionar: y no sólo se prestó al envío de un cuerpo de tropas (15,000 hombres) á Alemania, sino que de nuevo se avino á secundar una acción contra Portugal. Los términos de ésta se concretaron en los dos tratados firmados en Fontainebleau el 27 de Noviembre de 1806. Por el primero se determinaba, previa la conquista de Portugal, su desmembración en la forma siguiente: la provincia de entre Miño y Duero, con Oporto, al rey de Etruria (§ 790), que tomaría el título de rey de la Lusitania septentrional después de ceder su reino italiano á Napoleón; la provincia de Alemtejo y los Algarbes á Godoy, con título de Príncipe de los Algarbes; las de Beira, Traz-os-Montes y Extremadura portuguesa, quedarían en depósito para canjearlas por Gibraltar, Trinidad y

otras colonias conquistadas por los ingleses. Además, Napoleón se comprometía á reconocer y hacer que fuese reconocido por todos Carlos IV, como «emperador de las dos Américas». El segundo tratado fijaba el contingente de tropas francesas y españolas que habían de verificar la ocupación y el modo de realizar este hecho. Carlos IV había enviado antes de esto un ultimátum á Portugal, instándole para que negase sus puertos á los buques ingleses, confiscase las propiedades inglesas y encarcelase á todos los súbditos de esta nación. Rechazado el ultimátum, el general francés Junot, al mando de un fuerte cuerpo de ejército, cruzó los Pirineos y entró en España, días antes (el 18) de firmarse los tratados de Fontainebleau.

**793. La ocupación de España y el motín de Aranjuez.**— Aunque la precipitación con que Junot hizo su entrada en terri-

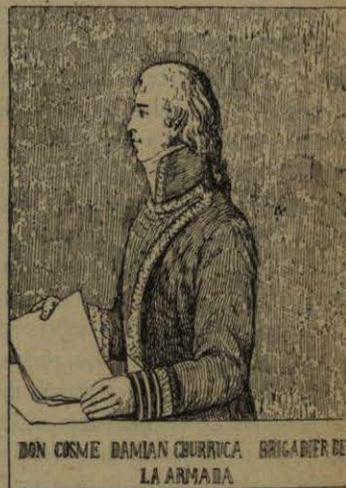


Fig. 20.

torio de la Península alarmó á algunos patriotas perspicaces, la mayoría recibió con júbilo aquel hecho en virtud del doble equívoco que la política de Napoleón había creado. En efecto: para Godoy y su partido, la presencia de las tropas imperiales significaba la ejecución de los tratados de Octubre y, por tanto, la soberanía de los Algarbes apetecida por el favorito; para el príncipe Fernando y sus consejeros y adeptos, cada día más numerosos (por ser tarea fácil, siempre, allegar descontentos contra quien ejerce el poder, sobre todo si lo ejerce como Godoy), los soldados franceses significaban el apoyo á sus planes, la satisfacción á las gestiones iniciadas por la carta de 11 de Octubre y la caída de Godoy. Ambos partidos procuraban desacreditar al contrario: el fernandista, con la acusación de que la reina trataba de variar el orden de suceder á la corona, para despojar de ella á Fernando y darla á Godoy ó al infante Don Francisco, reputado por hijo adulterino de aquél; el del favorito, esparciendo rumores de intrigas que el príncipe Fernando urdía contra su padre. Respecto de lo primero, lo único cierto, según testimonio del embajador francés, fué que un hermano de Godoy había insinuado la idea de la abdicación del rey y la Regencia del Príncipe de la Paz y que tanto la reina como el Consejo de Castilla (á quien se consultó secretamente) rechazaron la idea. Los espías de Godoy vigilaban atentamente la vida de Fernando, cuyas largas tareas de escritura—á pretexto de trabajos de traducción—se hacían sospechosas. De pronto, el rey, movido por un aviso urgente que apareció en su cámara del Escorial el 27 de Octubre, ó que le fué transmitido de otro modo, y en que se le denunciaba la existencia de un complot dirigido por Fernando, del cual podía resultar la muerte de la reina, se decidió á sorprender al príncipe en su habitación ó, según otras versiones, á obligarle á presentar todos los papeles que tenía en su despacho, entre los cuales halló, efectivamente, varios documentos que, si no acreditaban los propósitos que el aviso decía, expresaban la existencia de trabajos contra Godoy, de inteligencias con Napoleón, y aun—si uno de ellos, que Godoy menciona en sus *Memorias*, fué realmente hallado—la apelación á la fuerza contra el favorito y la reina. Este documento, si existió, lo hizo desaparecer María

Luisa, con movimiento maternal perfectamente explicable. Interrogado solemnemente el príncipe, contestó, al parecer, con poco respeto á las preguntas de su padre, y éste lo hizo arrestar é incomunicar en palacio. Tales sucesos, graves de suyo, se agravaron más, todavía, con la publicación—el 30 de Octubre—de un R. D. en que Carlos IV denunciaba al país el hecho de la conspiración descubierta, de la que había de seguirse su destronamiento. Y no contento con esto, el rey—espontáneamente ó movido por otros—escribió á Napoleón dos cartas noticiándole lo ocurrido y expresándole su intención de variar la ley de sucesión á la corona, sustituyendo á Fernando por otro de sus hijos. La opinión pública vió en el decreto del 30 y en las noticias que contenía, una calumnia levantada por Godoy á Fernando; y la confesión hecha aquel mismo día por éste que, amedrentado, denunció á todos sus cómplices y consejeros y declaró las gestiones hechas con Napoleón—aunque negando en absoluto todo intento contra los reyes,—si pudo convencer á unos pocos de que el príncipe realmente conspiraba (aunque, al parecer, no con tan malos designios como se suponía), no logró sacar la opinión general de la creencia en que estaba de ser todo aquello una intriga de Godoy; con lo cual aumentó la popularidad de Fernando y el odio al favorito, á quien se achacaban tratos con los ingleses. Siguióse á esto la publicación en el diario oficial de dos cartas en que el príncipe pedía perdón á sus padres del «grandísimo delito» que había cometido y alegaba haber «delatado á los culpables», y de un decreto en que el rey concedía el perdón (5 de Noviembre). El proceso contra los cómplices siguió sus trámites; pero la intervención de Napoleón, que, tras negar haber recibido carta alguna de Fernando (respuesta á Carlos IV), pidió de un modo enérgico y con amenazas que no se hiciera la menor alusión á su persona ni á las negociaciones habidas con su embajador Beauharnais, hizo desaparecer de los autos todo lo referente á esta parte de la trama. Godoy dice en sus *Memorias* que fué él mismo quien, para evitar la intervención de Bonaparte en este asunto, trabajó para echar tierra al proceso y para descartar de él al príncipe, mediante el perdón de 5 de Noviembre. El resultado fué que, continuado el proceso sólo para algunos de

los denunciados por Fernando como instigadores suyos, los jueces fallaron (Enero de 1808) declarándolos inocentes; pero el rey, por sí propio, condenó á reclusión y destierro á Escoiquiza á los duques de San Carlos y del Infantado y á otros comprometidos. Esto aparte, extremáronse los recelos y persecuciones contra todos los motejados de afectos al príncipe y á los franceses, siendo la reina (según dicen despachos de Beauharnais de 22 de Noviembre y 30 de Diciembre) quien más enfurecida se mostraba. Por lo que se refiere á Godoy, la convicción que sacó de las declaraciones de Fernando, fué que Napoleón le había engañado.

En el entretanto, los soldados de Junot, unidos con otras fuerzas españolas, habían entrado en Portugal (19 de Noviembre), y el 30 estaban en Lisboa, de donde había salido la real familia, con rumbo al Brasil, en buques ingleses. Aunque esta facilísima victoria ponía á Napoleón en condiciones de cumplir inmediatamente el primer tratado de 27 de Septiembre, nada hizo en este sentido; antes bien, se apoderó de los Estados de Etruria en Italia y dió á entender á la reina viuda (el rey Luis había muerto) que no contase con la prometida compensación de Portugal. Respecto de España, el plan del emperador siguió cumpliéndose con la entrada, en Enero de 1808, de dos nuevos cuerpos de ejército á las órdenes de los generales Dupont y Moncey, y, luego, de otras fuerzas. La anormalidad de estos hechos era suficiente para producir alarma en el país; pero equivoco seguía produciendo sus efectos, y el mismo Godoy, aunque receloso en extremo, estaba detenido por la esperanza de los Algarbes y por la imposibilidad de tomar otro partido dada la situación á que se había llegado. Continuando la ficción de amistad y aprovechándose de la forzada inacción de las tropas españolas, las francesas se fueron apoderando, con engaños, de las plazas fuertes del N. de la Península, desde Guipúzcoa á Cataluña. Estos hechos, y la conducta observada por los franceses en Portugal, produjeron ya alguna alarma en los patriotas, que de todo ello acusaban á Godoy; el cual, por fin viendo clara la intención del emperador, propuso al Consejo que se exige á aquél la retirada de sus tropas y, en caso de negativa, que se le declarase la guerra; pero el Consejo votó en

contra, y el mismo rey, asustado ante la idea de romper abiertamente con Napoleón, se opuso á lo propuesto. Pidió Godoy entonces su relevo, con ánimo de retirarse á los Algarbes; pero Carlos IV no se lo concedió, y el mismo Fernando, con fingimiento sin igual, se opuso á ello.

Así las cosas, llegó á Madrid el embajador español en París, Izquierdo, portador de un larguísimo documento en que Napoleón, á vueltas de explicar con sofismas su conducta, pedía la cesión de algunas provincias del N. hasta el Ebro, ó Portugal con un camino militar desde Irún hasta la frontera de aquel reino y la celebración de un nuevo tratado. Quedaron el rey y la corte estupefactos con semejantes pretensiones, sobre todo al oír de labios de Izquierdo que, á su parecer, la intención del emperador era apoderarse, de todos modos, de las provincias del N., y tal vez de toda España, por lo menos, á la muerte de Carlos IV. Sin ánimos para una acción viril, el rey se decidió, por los consejos de Godoy y de Izquierdo, á retirarse hacia el S., con propósito de embarcarse para América, si era preciso. Un tanteo hecho en la opinión pública de Madrid respecto de la posibilidad de una resistencia armada, había convencido al rey y á Godoy de que el pueblo, influido por los fernandistas, no se opondría lo más mínimo á los franceses, á quienes seguía creyendo decididos á colocar en el trono al príncipe de Asturias y derribar á Godoy. La retirada comenzó por trasladarse la corte á Aranjuez; pero como esto no convenía á los fernandistas, que, de un momento á otro, esperaban al general Murat (quien ya se hallaba en Burgos), excitaron al pueblo contra aquella decisión, esparciendo los más irritantes rumores, entre ellos el de que Godoy había vendido España á Napoleón para evitar que Fernando fuese rey. Carlos IV trató de calmar los ánimos con un manifiesto (16 de Marzo) en que negaba el viaje y afirmaba una vez más lo que para él era, por entonces, una mentira: que los franceses eran amigos y su entrada en España obedecía tan sólo al propósito de defender aquellos puntos de la Península que parecían más amenazados por Inglaterra. Pero como, á pesar de este manifiesto, el pueblo de Madrid vió que en la noche del 16 habían salido para Aranjuez las tropas, y seguían los rumores de que el viaje era inminente y que Fer-

nando era llevado contra su voluntad, fué fácil á los fernandistas—entre quienes el conde de Montijo era el más resuelto—promover en el mismo Aranjuez un motín (el 17), asaltar la casa de Godoy é imponerse á los reyes. Éstos, para salvar al favorito, publicaron un decreto (el 18) en que se le exoneraba de todos sus cargos. Parecía que con esto había de desvanecerse el motín; pero no fué así quizá, porque los promovedores de él aspiraban á mayor resultado. Noticioso el rey de que se reproduciría la algarada, llamó á los jefes superiores de sus guardias preguntándoles si podía contar con la tropa. La respuesta fué que «sólo el Príncipe de Asturias podía componerlo todo», con lo que el monarca llamó á su hijo y le suplicó interpusiese su influencia, cosa que éste hubo de prometer, confesándose implícitamente promovedor ó cómplice del motín. En la mañana del 19, un nuevo suceso vino á complicar la situación. Godoy, que pudo escapar en la noche del 17 y había estado oculto en un desván de su casa, no pudiendo escapar de allí ni resistir la sed y el hambre que le apremiaban, se presentó á los soldados de la guardia. La rápida intervención de un destacamento enviado de palacio, pudo evitar que la muchedumbre, congregada al saber la prisión del favorito, lo matase, aunque lo hirió é injurió en el tránsito hasta el cuartel en que quedó custodiado. El populacho sólo consintió en retirarse ante las promesas, hechas por el mismo Fernando, de que Godoy sería juzgado y condenado conforme merecía. Pero á las dos de la tarde se reprodujo el tumulto por haber corrido voces de que se iba á sacar á Godoy de la prisión para conducirlo á Granada. Fué preciso que Fernando interviniese de nuevo para aplacar á las masas, pero el rey, agotado por las emociones de aquellos días y, seguramente, convencido de que aquel estado de cosas no cesaría hasta que el príncipe de Asturias consiguiese lo que iba buscando, abdicó en él la corona en las primeras horas de la noche del 19.

**794. La traición de Napoleón y el dos de Mayo.**—Fué general el júbilo en España al saberse la caída de Godoy y la elevación al trono de Fernando VII. Pero este júbilo habían de amargarlo bien pronto los franceses. La solución del motín de Aranjuez no podía ser grata á Napoleón, para quien la

huida de la familia real á América hubiese sido el colmo del éxito en sus planes. Hubo, pues, de buscar otra salida para éstos. El 23 de Marzo, Murat hizo su entrada en Madrid, al frente de un ejército, y Fernando, que inmediatamente se había rodeado de sus antiguos consejeros, Escoiquiz, San Carlos, Infantado, etc., envió al general francés, á quien seguía creyendo amigo, una diputación de nobles encargada de saludarle. Al día siguiente, 24, hizo el mismo Fernando su entrada en Madrid, donde tuvo un delirante recibimiento, que contrastó con la conducta poco cortés de los franceses, cuyo embajador era el único que aun no había reconocido al nuevo rey. Esta reserva obedecía á las instrucciones de Napoleón, quien, noticioso ya de lo ocurrido en Aranjuez, si por un lado expresaba su intención de restablecer en el trono á Carlos IV (caso de que la abdicación hubiese sido forzada, como presumía), por otro ofrecía la corona de España á su hermano Luis Bonaparte, á la sazón rey de Holanda.

El mismo Carlos IV facilitó al emperador la manera de intervenir en el asunto. Serenado el ánimo del rey padre, trató de obtener algunas ventajas materiales de su abdicación—una renta anual, un palacio, etc.—y, sobre todo, de salvar á Godoy, que continuaba preso. Para esto se puso en relación con Murat, y de las conferencias celebradas con el general Monthion, enviado por aquél, salió la retractación privada de la abdicación del 19 (21 de Marzo), que fué remitida á Napoleón con una carta en que Carlos IV se ponía enteramente en manos del emperador. Esta carta fué seguida de otras á Murat, en que los reyes padres se humillaban hasta lo último para congraciarse el favor de los franceses.

Mientras tanto, Murat entretenía á los madrileños anunciándoles la próxima llegada del emperador para avistarse con Fernando. Con el supuesto fin de encontrarlo en el camino, el general francés sugirió la idea de que el propio monarca se adelantase hasta Burgos, cosa que Escoiquiz—enteramente engañado en punto á la actitud de Napoleón, y receloso de que Carlos IV y María Luisa no se les adelantasen en hablar con el emperador—aprobó resueltamente. No se atrevieron, sin embargo, á hacer salir á Fernando de Madrid, por miedo

del mal efecto que esto pudiera hacer en el pueblo. Impaciente Napoleón, envió á Madrid al general Savary, buen diplomático, con orden de traerse á Fernando de grado ó por fuerza. Savary supo convencer y dominar al rey, con la promesa del inmediato reconocimiento por parte del emperador y con protesta de acendrada amistad de manera que Fernando se decidió á realizar el viaje, no obstante el disgusto del pueblo y los recelos cada vez mayores que la conducta altanera de las tropas de Murat producían. El 10 de Abril salió el rey de la capital, acompañado de Escoiquiz y de los consejeros más íntimos, dejando para la gobernación una Junta presidida por el infante Don Antonio. En el viaje, personas menos alucinadas que el rey y sus favoritos hubieran encontrado motivos para desconfiar de Napoleón, quien, contra lo asegurado por Savary, no fué hallado ni en Burgos ni en Vitoria. En este último punto, ya mostraron resistencia á seguir adelante; por lo cual, Napoleón, que se encontraba en Bayona, escribió á Fernando una carta en la que le trataba de Alteza, no de Majestad, y usaba frases que denotaban su poca disposición á reconocerlo como rey. Así y todo, Escoiquiz siguió creyendo en la amistad de Napoleón, en las protestas de Savary y en la conveniencia de llegar hasta Bayona; y aunque otros cortesanos, como el duque de Mahón, opinaban todo lo contrario y llegaron á proponer la fuga, y el mismo pueblo de Vitoria se opuso á la salida del rey, cortando los tirantes de las caballerías que habían de arastrar el coche, prevaleció el optimismo (ó el miedo) de Escoiquiz, y el 20 de Abril llegaba Fernando á Bayona, donde el emperador, tras de un engañoso recibimiento, le hizo saber por Savary que era preciso abdicase la corona.

Mientras tanto, Murat consiguió, sin gran esfuerzo, conducir también á Bayona al rey Carlos IV y á María Luisa, después de haber sacado de la prisión á Godoy, que también fué á parar á Bayona. A la llegada de los reyes (30 de Abril), les hizo Napoleón un recibimiento ostentoso; y en los días sucesivos, después de vergonzosas escenas entre el hijo y los padres, quienes á presencia del emperador mostraron al desnudo y de manera violenta sus resentimientos con Fernando y su debilidad ante Napoleón, éste logró de Fernando, primero, que re-

nunciase á la corona, y luego al principado de Asturias, y de Carlos IV, que abdicase en su favor el trono de España. Formalizáronse estas renunciaciones en dos tratados, uno de 5 y otro de 10 de Mayo. Por el primero, Carlos IV declaraba su cesión del trono á Napoleón, bajo las condiciones de que se mantendría la integridad é independencia del reino bajo el príncipe que aquél quisiera nombrar para regirlo, y que se respetaría la religión católica, como única en España; Carlos IV recibía en



Fig. 21.—El 2 de Mayo de 1808 en Madrid. Primeros combates frente al Palacio Real. (De una estampa de la época.)

cambio el palacio imperial de Compiègne y el sitio de Chambord como residencias, y una pensión de 30 millones de reales al año; entendiéndose que el «asilo» que Napoleón concedía en sus Estados al ex rey de España, se extendía (artículo 3.º) «á su familia, al príncipe de la Paz» y á todos los servidores que quisieran seguirles. Por el segundo tratado, Fernando, considerado ya tan sólo como príncipe de Asturias, se adhería á la cesión de su padre, á cambio de conservar categoría de príncipe dignatario del imperio y obtener una renta de un millón de francos y varias posesiones territoriales.

Tal fué el resultado de las intrigas de Napoleón con respecto á la familia real; pero esto, lejos de resolverle el problema de España, iba á complicárselo. En efecto, el pueblo no era tan fácil de engañar y de dominar como los príncipes. Desde la salida de Fernando, la agitación popular había ido creciendo, así como los temores de las autoridades. Murat y sus subordinados no se recataban ya en dar á entender que el emperador no reconocería la renuncia de Carlos IV. Éste mismo, antes de



Fig. 22.—El 2 de Mayo de 1808 en Madrid. Pelean los patriotas con los franceses en la Puerta del Sol. (De una estampa de la época.)

salir para Francia, comunicó á la Junta nombrada por su hijo, que seguía considerándose rey de España y que ya le transmitiría sus órdenes. La noticia de esto se hizo pública por haber revelado un impresor de la corte que se habían dirigido á él tres franceses pidiéndole que imprimiese la protesta de Carlos IV. Los rozamientos eran cada vez mayores entre el paisanaje y las tropas francesas, produciéndose á menudo riñas en las calles de Madrid; y hasta fué silbado Murat una vez al desfilarse con sus tropas por la Puerta del Sol. En Toledo, la imprudencia de un oficial, Junot, que dió la noticia de que Napoleón

no reconocía á Fernando, promovió un motín que costó mucho dominar. En otras capitales ocurrieron hechos análogos, y en Burgos se llegó al derramamiento de sangre. La Junta, compuesta, con una sola excepción, de personas irresolutas, no se atrevía á romper con los franceses, ni aun á protestar de los actos de éstos, aprovechando la ya vista actitud del pueblo. Pidió instrucciones, reservadamente, á Bayona; pero las que le llegaron eran contradictorias, y, en suma, aconsejaban la in-



Fig. 23.—El 2 de Mayo de 1808 en Madrid. Muerte de Daoiz y Velarde defendiendo el Parque de Artillería. (De una estampa de la época.)

acción. Tan sólo pudo conseguir uno de los individuos de la Junta—Gil y Lemus—que ésta nombrase otra que le sustituyera en sus funciones, caso de que la primera se viese privada de libertad, por la presión de los franceses, para ordenar lo que convenía al bien de la patria. Pero antes de que esto pudiera hacerse efectivo, los sucesos, precipitándose, trajeron una solución inesperada.

Recibió el infante, presidente de la Junta, Don Antonio, una carta de Carlos IV ordenándole que hiciese salir para Francia al infantito Francisco de Paula (de edad de 13 años) y á la

reina de Etruria (que se hallaba en España desde que fué desposeída de su reino) con sus hijos. Trató la Junta de resistirse á la salida de Don Francisco; pero Murat se impuso. La pa-



Fig. 24.—Don Luis Daoiz.

tida debía verificarse en la mañana del día 2 de Mayo. El pueblo, congregado espontáneamente para verla, se fué excitando cada vez más con las noticias de que el infantito se negaba, llorando, á salir, y que también era llevado Don Antonio, el presidente de la Junta. La excitación pasó á vías de hecho,

insultando y acometiendo la muchedumbre á un ayudante de Murat y cortando los correajes de los coches para que éstos no pudieran salir. Esta escena fué interrumpida, de repente, por una descarga con que, sin previa intimación, se anunció la entrada en la plaza de Oriente de un batallón francés enviado por el general en jefe.

Al verse fusilada de este modo, la multitud, que carecía de armas, corrió en todas direcciones, y el relato de lo ocu-



Fig. 25.—El 2 de Mayo de 1808 en Madrid. Fusilamientos en el Prado.  
(De una estampa de la época.)

rido que ella esparció por Madrid con la consiguiente indignación, fué la señal de un levantamiento contra los franceses, en que el pueblo luchó sólo en los primeros momentos (pues las tropas españolas tenían orden rigurosa de permanecer en sus cuarteles, y la Junta no se atrevió á secundar el movimiento) contra las fuerzas de infantería, caballería y artillería que Murat fué haciendo salir de sus cuarteles. El centro de la lucha fué la Puerta del Sol y sus calles adyacentes. Rechazados de aquí por los cañones, los más entusiastas, á los que se había unido el capitán de artillería Don Pedro Velarde con al-

gunos soldados y oficiales, entre los que se distinguió el teniente Ruiz, se dirigieron al parque, que custodiaba el capitán Don Luis Daoiz. Velarde convenció al punto á Daoiz de que el interés de la patria era entonces superior á la disciplina, y ambos dirigieron, con el teniente Ruiz, la defensa del caserón en que estaba el parque, utilizando los pocos cañones y las municiones escasas que allí encontraron. Tres horas duró el combate, con las fuerzas renovadas de los franceses, que, superiores en número y en armamento, se apoderaron al fin del edificio, dando muerte á Daoiz y Velarde. Así acabó el alzamiento del 2 de Mayo; pero esto no fué más que el prólogo de la sublevación de toda España, que, sin rey y sin gobierno central, no vaciló en acometer por sí sola la reconquista de su independencia. Por lo que significó esta guerra, que duró varios años, y por las variaciones políticas á que dió ocasión la situación excepcional de un Estado que, sin sus jefes tradicionales, se vió en la necesidad de organizarse á sí propio, ella señala el comienzo de una nueva época de nuestra Historia, llena de acontecimientos que difieren mucho de los que hasta entonces habían ocurrido.

**795. Sucesos militares en América y Filipinas.**—Varias veces, en la relación de los sucesos militares del siglo xviii, hemos hecho alusión, por no romper la unidad de los hechos, á operaciones cuyo teatro fué América; pero hemos callado otras que ahora agruparemos para completar aquellas noticias.

Aunque el ímpetu mayor de la guerra de sucesión se produjo en Europa, no dejó de hacer sentir sus efectos en las colonias americanas, principalmente en batallas de mar y ataques á los puertos. En los primeros años (1702-1704), los ingleses intentaron apoderarse de San Agustín de la Florida, Arecibo (Puerto Rico), Antioquía y las minas de Santa Cruz de la Cana (Darién), Trinidad, Tabasco y Apalache, tentativas todas ellas sin éxito y con pérdidas, excepto en Trinidad, que saquearon. Tomaron desquite los españoles y franceses, con un desembarco en las Bahamas, donde hicieron prisioneros y se apoderaron de armas y embarcaciones. Tampoco fueron felices los ingleses en un amago contra la Habana (Marzo de 1707), aunque sí en el ataque á la flota de Tierra Firme (Junio de 1708),

en que se apoderaron, primero del navío *Gobierno*, que llevaba plata, y luego del *San Joaquin*, si bien los buques mercantes pudieron escapar. Por la parte del Pacífico hicieron correrías varios corsarios, que saquearon la ciudad de Guayaquil (1709) y se apoderaron de un buque de la carrera de Filipinas (Enero de 1710). Terminada la guerra, todavía hubo que luchar en el mar de las Antillas y en el Pacífico con piratas y contrabandistas ingleses, que fué preciso perseguir con buques de la marina real y corsarios: en lo que se distinguió el marino Don Blas de Lezo.

La guerra con Francia, de 1719 (§ 780), produjo la pérdida de la colonia de Panzacola (Mayo), en la Florida—que, recobrada poco después, fué de nuevo tomada por los franceses,—y un combate en Punta Maldonado (América del Sur), en que fueron desalojados aquéllos de las posiciones que habían conquistado. En estos años, continuaron las luchas á mano armada con los contrabandistas ingleses, holandeses y franceses, que se empeñaban en hacer el comercio con América, y á quienes perseguían los guardacostas españoles con varia fortuna. En 1726, una expedición oficial del almirante Hossier, enviada por el gobierno de Londres, fracasó en su intento de apoderarse, ó, cuando menos, de bloquear las flotas. De las operaciones á que dió lugar la guerra de 1739, ya se habló en el lugar oportuno (§ 783).

Las cuestiones con Portugal, en la frontera del Brasil, fueron causa de largas complicaciones, la última parte de las cuales se ha referido con motivo de las guerras de 1762 (§ 784) y 1766 (§ 786). Relatemos aquí los precedentes de aquellas cuestiones. En el siglo xviii, un grupo de deportados de los que el gobierno portugués enviaba para poblar el Brasil, fundó la colonia de San Paulo, desde la cual realizaban continuamente expediciones hacia los territorios del río Paraná, que pertenecían al gobierno de Buenos Aires, contrabandeando, saqueando los pueblos y procurando extender la dominación portuguesa. Las expediciones—más que consentidas, alentadas por las autoridades de Río Janeiro y de Lisboa—fueron corriendo hacia el S., y en 1679 dieron lugar á la fundación, en la orilla oriental del Plata, del fuerte llamado colonia del Sacra-